

El libro del trimestre

Henri J. M. NOUWEN. *El regreso del hijo pródigo. Meditaciones ante un cuadro de Rembrandt.*

PPC, Madrid, 1994, 158 páginas.

Luis Ferreiro Almeda

Presidente del Instituto E. Mounier.

En un monográfico dedicado a la ética, puede parecer extraño traer a este espacio un libro cuyo título sugiere las resonancias propias de la estética y la espiritualidad. Sin embargo, nada más inevitable que terminar hablando de ellas cuando se habla ética, pues acaso sean sus límites más inmediatos. Aún más, y sin temor a exagerar, me atrevo a afirmar que, históricamente, los mejores frutos éticos se han producido donde una fuerte y sana inquietud espiritual ha abonado el substrato humano que los ha producido. A esta unidad entre belleza, bondad y santidad nos pretende llevar el libro que nos ocupa, mostrando que un acto verdaderamente humano participa intrínsecamente de las tres dimensiones: estética, ética y religiosa.

El libro, corto en su extensión, sencillo en su expresión, fácil en su comprensión, profundo en su contenido, se torna, sin embargo, difícil e inacabable en su lectura por poca sensibilidad que uno posea para su propia interioridad. La razón es que el lector tropieza en cada párrafo con la experiencia de su propia vida, descubriéndose a sí mismo, tanto en su insospechada miseria, como en la grandeza de su vocación. Por tanto, no me es posible juzgar *El regreso del hijo pródigo* desde fuera, pues debo confesar que he sido juzgado por él, aunque no condenado, ya que transmite un mensaje de esperanza tanto para los corazones heridos como para los corazones duros.

El autor es un sacerdote holandés que vive en una comunidad de acogida para enfermos mentales en Canadá, que al narrar su propia experiencia de conversión, originada en el encuentro con el cuadro de Rembrandt del mismo título que el libro, nos propone un profun-

do esquema para un itinerario espiritual, partiendo de conceptos tan sencillos como hogar, familia, padre, hijo, partida, regreso, etc.

A lo largo de todo el libro se superponen varios planos situados en una perspectiva casi pictórica. Al fondo la agitada vida de Rembrandt y su conversión, que explica la estética de un cuadro que va mucho más allá de la estética. Más cerca del lector la vida de Nouwen confrontada con el cuadro y con la parábola del Evangelio. Poco a poco, desde fuera del libro, el lector se va encontrando con un primer plano: el de su propia vida interior implicada de lleno en la escena del cuadro.

El análisis de la interioridad de la persona, que hace el P. Nouwen, recuerda al que hace el análisis transaccional del dinamismo psicológico (Eric Berne, *The Games people play*), basado en la separación de tres aspectos de nuestra personalidad, que cada uno llevamos dentro: el niño, el adulto y el padre.

Nouwen, a su vez, erige la parábola del hijo pródigo en paradigma del desarrollo espiritual de la persona. Cada uno lleva en su interior un hijo pródigo, rebelde, apóstata e inconsciente; un hijo mayor, responsable, fiel y consciente de sus méritos; y un padre acogedor y misericordioso. La vocación a la que estamos llamados es la de convertirnos en el padre, superando las etapas del hijo pecador y del hijo justo.

La *primera etapa* es la conversión del hijo pródigo, del pecador. Para Nouwen, el fundamento de la felicidad es sentir la voz que nos dice: «Tú eres mi hijo amado, en quien me complazco». Cuando encontramos el deleite en esta voz nos encontramos en la casa del Padre. Cuando nos volvemos sordos a ella o escu-

chamos cantos de sirena que nos proponen otros proyectos, abandonamos la casa del Padre. Estamos bajo el signo de la muerte del padre, tan presente en los dos últimos siglos de la historia de Occidente.

El camino de regreso nos conduce de la estética del goce y del despilfarro, de la superficialidad y la apostasía, a la conciencia del vacío, al sentido del pecado y al arrepentimiento. La nostalgia del abrazo del Padre nos incita a la vuelta a casa, aún antes de desprendernos del escepticismo que nos impide imaginar la verdadera magnitud de su perdón y de su alegría, y de entenderla como Teresa de Lisieux: «Si hubiera cometido todos los crímenes posibles, tendría siempre la misma confianza. Siento que toda esa multitud de ofensas sería como una gota de agua echada en un brasero ardiendo».

La *segunda etapa* es la conversión del hijo mayor, el *justo* de toda la vida que se esfuerza en llevar una vida moral intachable. Consciente de su justicia, su conversión es más difícil, pues ya es bueno, incluso mejor que los demás cuando se compara, lo malo es eso: que se compara, y su moral se convierte en una contabilidad moral que le lleva al *resentimiento* y le impide acercarse a la gratuidad de Padre, de quien se aparta y aleja, cuando se acerca su hermano menor, a quien con menos méritos se le pone a su altura.

Este es otro tema recurrente del pensamiento moderno (Nietzsche, Unamuno, Scheler, etc): «el origen del resentimiento va ligado a una *comparación valorativa* de uno mismo con los demás ... La estructura 'relación entre el valor propio y el ajeno', se convierte, para el 'vulgar', en la condición selectiva de su percepción de los valores. No puede aprehender ningún valor sin tomarlo a la vez como 'superior' o 'inferior', como 'mayor' o 'menor' que su propio valor; sin *medir* a los demás consigo y a sí mismo con los demás» (Max Scheler, *El Resentimiento en la Moral*, Ed. Caparrós, 1993). Sólo la dimensión vertical de la misericordia del Padre introduce la magnanimidad que derroca el primado del ajuste horizontal, cuyo peligro constante es la ética mezquina del 'ojo por ojo y diente por diente'.

La *tercera etapa* es convertirse en *el padre* que lo sufre todo, lo perdona todo y lo da todo sin medida y sin fin, en el *santo* que sale en busca de los hijos perdidos y resentidos, los convoca al hogar que habían abandonado y les prepara una fiesta de bienvenida para que la alegría sea completa.

Es fácil ser perdonado, quedarse en la casa después del regreso, permanecer siempre como hijo, recibiendo siempre, pero falta dar el paso de la madurez: «sed misericordiosos, como mi padre celestial es misericordioso». Sin darlo no podemos aspirar a la plenitud.

Por último, si bien *El regreso del hijo pródigo* traza el camino de una espiritualidad personal, y no pretende un análisis sociohistórico, las claves sobre las que reflexiona son también estructurales. El reclamo del consumismo, la adoración del becerro de oro y la corrupción son el país lejano del que tiene que regresar el nuestra pródiga sociedad, tan vertida al exterior como necesitada de interioridad. La competencia implacable, la reivindicación de la diferencia y la consagración de las desigualdades exigen recomponer las estructuras comunitarias más allá de todo cálculo, de manera que tengan cabida incluso los que no tienen méritos para compartir las riquezas generadas por nuestra sociedad, como son los marginados o los países del Sur.

Ética y moral son vocablos cuyas etimologías nos remiten a casa, hogar, ¿no tendrá la ética que emprender el regreso a casa? Sin negar la pertinencia de una ética cívica racional ¿no será al calor de una espiritualidad para nuestro tiempo, es decir por los caminos del corazón, como avancemos con mayor rapidez? **A**